

Aisha.
Esposa del Profeta
O
El Islam en femenino.

Asma Lamrabet.

Traducción:
Juan Antonio Mateos

Preámbulo.

Nuestro mayor flagelo : la ignorancia.

La mayoría de los musulmanes conocen a Aisha, la mujer del Profeta del Islam. Desgraciadamente, es un conocimiento muy superficial, borroso y abstracto. Una característica de nuestro tiempo. Incluso entre los musulmanes comprometidos, fervientes defensores de esta religión mal o demasiado amada, se nota una ignorancia de fondo, muy inquietante, de las personalidades históricas del Islam.

Continuamente, las aportaciones de estas personalidades, sus contribuciones y sus luchas se consideran como fenómenos extraordinarios, excepcionales y milagrosos... Esta lectura de fábula y finalmente poco atractiva de la historia de lo religioso transpone los grandes acontecimientos y sus respectivos actores bajo la forma de imágenes bastante irreales, ascéticos y de tal manera intocables, que se omite deducir lo esencial para nuestra gestión práctica de lo religioso, a saber, el modelo, el ejemplo, el camino.

Los Compañeros del Profeta, hombres y mujeres, grandes eruditos, sabios y místicos, sobre todo de la primera generación, quienes marcaron la historia del Islam , son percibidos no como modelos sobre los cuales meditar para una mejor comprensión de los problemas actuales, si no más bien como seres intemporales, inaccesibles por ser tan cercanos a la perfección. Por un exceso de complejos, cavamos una fosa infranqueable entre nosotros musulmanes imperfectos encerrados en la burla de lo cotidiano y estos modelos venerados. A fuerza de idealizar estos ejemplos, terminamos por justificar lo injustificable y pasar sobre nuestras desviaciones, nuestra pereza y nuestra ignorancia hasta creer, finalmente, que estos seres de otro tiempo eran sobrehumanos.

Mientras, el Islam no cesa de recordarnos que Dios es Unico, Creador de los Cielos, de la Tierra y de todos los seres y que para nosotros los musulmanes el unico modelo de perfección es el de nuestro Profeta bienamado.

Los Compañeros del Profeta, hombres y mujeres, deben, ciertamente, ser amados, respetados, reverenciados pero sin olvidar jamás que su ejemplaridad reside justamente en su “humanidad”. Con sus defectos y sus cualidades, sus errores y sus aciertos, nos dejaron los testimonios inagotables de su vida a la vez tan humana como cercana de Dios. Su vida cotidiana, sus debilidades y su lucha estaban constantemente motivadas por una fé profunda, exigente y continuamente presente.

Cuantas veces, conmovida por mis lecturas de la historia de Aisha, comunicaba mis “descubrimientos” a mujeres intelectuales musulmanas quienes reaccionaban de manera contradictoria. Algunas permanecían frías como el mármol ante el entusiasmo provocado por una personalidad musulmana ciertamente notable, pero realmente lejana a las preocupaciones de las mujeres musulmanas contemporáneas. Más aún, según su punto de vista, Aisha era la esposa del Profeta y, por lo tanto, estaba por encima del común de la gente y no podía ser tomada como ejemplo por otras mujeres, pobres criaturas humanas. Esta justificación aparecía continuamente para excusar nuestra ignorancia y nuestra actitud derrotista.. En estas circunstancias, llegaban a su conclusión rápidamente : busquemos en otra parte ejemplos de mujeres actuales como nosotras que puedan solucionar nuestros problemas concretos y reales, los de todos los días. Un ejemplo en el que Aisha sólo puede ser irreal, parte de la utopía y de lo irracional.

Para ser realistas y racionalistas debemos constatar que nuestra identidad musulmana es la imagen de la visión que tenemos de nuestra propia historia : profundamente esquizofrénica.

La otra categoría de mujeres se quedaban con la boca abierta ante las “hazañas” de una mujer musulmana de la primera generación del Islam. Desde luego, todas sabían más o menos que Aisha tenía una fuerte personalidad pero que permanecía en los límites de lo “permitido” a una mujer. Para un buen número de musulmanas, lo permitido es ocuparse de las cuestiones limitadas al campo de lo “rigurosamente femenino”. Dicho de otra manera, Aisha ciertamente transmitió los *hadiths* del Profeta en lo que se refiere a la vida familiar y conyugal, cómo hacer las abluciones y cómo se comporta una buena esposa. En pocas palabras, todo aquello que se limita al código de la buena mujer musulmana a quien se le ha prescrito que su inteligencia debe estar circunscrita al espacio familiar para servir a un esposo que Dios puso en un pedestal indiscutible.

El postulado que afirma que una buena musulmana es una mujer sumisa y obediente de su esposo ¿no es una de las verdades más expandidas en el mundo musulmán? No es difícil verificar que incluso los hombres musulmanes más alejados de la religión se complacen en repetir los versos que confirman este derecho de superioridad islámica. Por cierto, los únicos versos que conocen de su repertorio religioso.

Cuando alguien se aventura haciendo otra lectura de la historia musulmana, particularmente a través de ejemplos como el de Aisha, se percibe en la mirada de esta segunda categoría de mujeres una chispa de orgullo que a nadie escapa. Algunas se regocijan en virtud de que lo que en la intimidad reivindican se confirma publicamente con la historia de mujeres como Aisha. Finalmente, el Islam que simboliza Aisha alegra y conforta a nuestras mujeres que buscan ser valoradas. Se descubre así que no está tan mal ser una mujer en el Islam. Se aprende otra vez a desarrollarse en esta piel nueva de “mujer inteligente”, a reivindicar nuestros derechos en nombre del Islam y por el Islam.

Pero no todas las mujeres se muestran tan entusiasmadas. Aun cuando se sientan muy halagadas, algunas permanecen escépticas en cuanto a la veracidad de los hechos que se relatan. Una mujer de la primera epopeya inteligente, sabia, jurista y política es demasiado para una memoria femenina a quien se ha habituado al silencio perpetuo. No es cosa fácil remover estas ideas tan estereotipadas e infantiles de la mujer musulmana. Muchas de estas mujeres aún no están preparadas para este tipo de lucha que, sin embargo, es necesaria tanto por nuestro presente como por nuestro futuro. Se trata de un problema de toma de conciencia pero, sobre todo, de autoestima y autovaloración.

Efectivamente, hoy el principal problema de las mujeres musulmanas es la “autoestima”. Sólo una revisión del enfoque de la historia de mujeres musulmanas como Aisha puede elevar el nivel de autoestima indispensable para cumplir como mujeres plenamente comprometidas con la renovación del Islam. La humillación y la frustración siempre han alimentado la conciencia musulmana femenina. Muchas mujeres justificarán su desconfianza con respecto al Islam por el desprecio “institucionalizado” de la mujer. Serán muchas las que se alejen, las que se “liberen”.

Otras mujeres, cuyo número es considerable, regresarán a la fuente con mucha esperanza aunque con el corazón repleto de decepciones y represiones. Tan bien con Dios y tan mal con los seres que les rodean, en particular sus hermanos en la religión, que finalmente sólo tendrán como único refugio una fé pasiva. Renunciarán y terminarán aceptando una situación que es para ellas un hecho consumado. Se someten al interés general y abdican, ya que se confunde la

sumisión al Creador con la sumisión a otros seres humanos y los principios religiosos con los principios de las costumbres.

Queda mucho por hacer. No faltan voluntades. Desde luego que la contribución de este libro es sólo un grano de arena para una eventual toma de conciencia y, porqué no, para “una brizna de autoestima” femenina.

El mensaje está destinado en primer lugar a todas las musulmanas y también a los musulmanes. Corresponde a los intelectuales musulmanes, hombres y mujeres, comprometidos o no, contribuir a una interpretación de nuestra relación con lo religioso. Hacer juntos, hombres y mujeres, una relectura de nuestra gran historia para poder vivir en paz con nuestra fé, nuestra espiritualidad y nuestro quehacer diario.

Imperativamente, la renovación del Islam pasa por la participación de las mujeres musulmanas en los proyectos reformadores del Islam y en la reapropiación del debate religioso. No se puede hacer sin ellas. In sha Allah.

Introducción.

Entre las críticas más acerbadas y frecuentes que se hacen al Islam y a los musulmanes, las que se refieren a la situación de la mujer en las sociedades musulmanas, es la crítica más extendida, la más mediatizada y, a distintos niveles, la más comprobada.

Como bien dijo un gran pensador como Jacques Berque, “ el Islam sorprendió y aun sorprende a los observadores de fuera por su masculinidad”. Es verdad que el mundo musulmán es un mundo de hombres. Desde hace mucho, mucho tiempo, todas las funciones religiosas en el Islam son masculinas: los ulemas, los jueces, los imams, los exégetas, los teólogos, los muftis... (sería conveniente explicar, a pié de página, en que consiste cada una de estas funciones) En nuestras sociedades modernas el paisaje no ha cambiado y el liderazgo musulmán, sea este religioso, político o de otra naturaleza, sigue siendo esencialmente masculino. Incluso nuestros pensadores modernos, reformistas e intelectuales musulmanes son ineluctablemente hombres. La renovación del Islam de la que tanto se habla hoy en día, incluídas todas las tendencias, tiene una conotación muy “masculina”, incluso si, paradójicamente, son mucho más las mujeres quienes se comprometen en este ejercicio. Por cierto, las mujeres se comprometen masivamente en el retorno a lo religioso pero lo hacen por la puerta de atrás, sobre la punta de los pies, con una discreción muy habitual. Es que lo “femenino” en el Islam es casi tabú.

Con el fin de ilustrar lo anterior, el informe del PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo) del mes de julio de 2002, proporciona una muy dura evaluación de las sociedades arabo –musulmanas. Sin embargo, la conclusión más dramática es la que se refiere a las mujeres quienes están “reprimidas y oprimidas en todas las esferas de la vida activa con 50% de analfabetas entre otras cosas”. Estos hechos comprobados y confirmados por una propaganda mediática evidente, acusan, por deducción simplista y primaria al hecho islamico. El quehacer cotidiano de los musulmanes en todo el mundo es una ilustración perfecta de esta deducción, puesto que legitiman su conducta en el hecho religioso. ¿Acaso sería necesario recordar que actualmente todo se explica por el simple hecho de pronunciar la palabra islam, término mágico y tan saludable para cualquier tipo de lectura demagógica? La violencia, el terrorismo,

el subdesarrollo, el analfabetismo, la opresión de las mujeres musulmanas. Un enfoque parcial reservado exclusivamente al mundo islámico donde absolutamente todo será explicado en función de lo religioso. Esta visión etnocéntrica se podría ilustrar, por ejemplo, diciendo que si en España cada semana muere una mujer por causa de la violencia conyugal, la explicación se encuentra en la alta tasa de desempleo femenino que propicia los abusos domésticos. Esta es una explicación incongruente y sin embargo es la que da el muy serio partido socialista español.(2) En caso de que se pudiera constatar esta misma violencia conyugal en el Magreb tendría como fundamento, no la dependencia económica como en el ejemplo español, sino las injusticias de la religión islámica. Es una lógica particular, pero tan evidente...

De hecho, es incontestable la comprobación de una discriminación profunda y real de las mujeres musulmanas, algunas veces es incluso abrumadora. Pero suponer que esto sea inherente al mensaje del Islam es indudablemente falso. Se confunde la esencia de una verdad religiosa y espiritual con los modos culturales y tradicionales

Sin embargo, responder a tales alegatos con argumentos teóricos simplistas como aquellos que afirman que “el Islam otorga a la mujer todos los derechos y basta con leer el Corán para verificarlo”, sigue siendo muy insuficiente aún si también sigue siendo verdad.

Esta “masculinidad” del Islam de la que hablaba el difunto Jacques Berque no se debe solamente al hecho cultural y a tradiciones intrínsecas del Islam, se debe también a ciertas lecturas de textos establecidos por los hombres que han legitimado durante toda la historia musulmana, voluntariamente o no, las desigualdades entre los dos sexos. Desigualdad mantenida y aferrada socialmente desde hace mucho tiempo hasta nuestros días y, lo que es peor, justificada en nombre de lo religioso. En ninguna parte del Texto sagrado existe una formulación que permitiría cualquier forma de discriminación. En efecto, una lectura inteligente y estructurada del Corán nos revela el mensaje profundo de igualdad entre los hombres y las mujeres que Dios quiso ciertamente diferentes por sus funciones biológicas, pero iguales en todos los niveles de su humanidad. Iguales, en este bajo mundo, en el Más Allá y delante del Creador.

**“Humanos! Nos os creamos de un hombre y de una mujer. Nos os constituímos en pueblos y en tribus para que os conociérais entre vosotros. A los ojos de Dios, los mejores de entre vosotros son los más piadosos.”
Corán 49/13**

Entre estos hombres y estas mujeres los mejores son los más piadosos, es decir, aquellos que viven con el recuerdo constante de la presencia Divina, fieles a su

Mensaje. Y ser fiel al Corán es recordar que la humanidad del hombre y de la mujer se realiza en su relación igualitaria y si hay sometimiento, es un sometimiento mutuo a Dios.

Otro verso del Corán ilustra esta dimensión igualitaria cuando Dios declara que las creyentes y los creyentes son compañeros solidarios unos de otros y se ayudan mutuamente en la incitación al bien y la prohibición del mal:

“Los creyentes y las creyentes son aliados unos de otros, mandando el bien y prohibiendo el mal” Corán 9/71

Sería suficiente sólo este verso para establecer la prueba de la igualdad entre mujeres y hombres. La expresión “aliados unos de otros”, es profunda y bella puesto que personifica la igualdad en la ayuda, la protección y la participación mutuas.

Una lectura de la Tradición del Profeta y de su vida apoya e ilustra esta visión igualitaria de mujeres y hombres, ya que el mismo Mensajero en su comportamiento, en su vida cotidiana y en su enseñanza no tenía sino consideración, atención y respeto por todas las mujeres.

El Profeta decía “Sin duda, las mujeres son iguales al hombre, aquel que las honre es honorable y aquel que las desprecie es despreciable”(3)

En un *hadith* (explicar a pié de página) muy conocido, el Profeta explicaba que lo que más había amado en la vida eran los perfumes y las mujeres, mientras que la oración le era tan preciada como las pupilas de sus ojos. Continuamente, los mismos musulmanes interpretan mal este *hadith* ya que no llegan a concebir que se pueda amar y apreciar a las mujeres en otro sentido que aquel fundado en los pensamientos ocultos y en los sobrentendidos! El Profeta amaba a las mujeres y lo mostraba a los demás para atenuar el comportamiento duro y rudo de los hombres de aquella época. Mostraba dulzura y afecto por sus hijas, especialmente hacia Fátima Zahra a quien más quería. Cuando llegaba, se levantaba iba a su encuentro y la besaba. Era cuidadoso con todas las mujeres, era cortés y se precipitaba a servirles lleno de atenciones hacia ellas. Es lo que hoy en día llamaríamos un ser con facilidad para la galantería! Sin duda, gracias a este enfoque tan respetuoso del Profeta hacia la mujer y paralelo a la fé engendrada por la Revelación divina, se debió que las mujeres fueran las primeras en identificarse con el mensaje del Islam y a sacrificarse por él. Que ilustración más hermosa que evidenciar que la primera persona convertida al islam fue Khadija, primera esposa del Mensajero y que la primera persona en morir por el Islam también fue una mujer: Summaya bint Yasir, dos mujeres cuyo nombre resuena a través de los siglos.

¿Cuántas eran las mujeres compañeras del Profeta, *sahabiyyat* (**compañeras**) a semejanza de los *sahaba*(**compañeros**) en ser las primeras en comprometerse, educarse y aprender al lado del Profeta? Cuántas ayudaban, apoyaban y resistían con el Profeta las fases más dolorosas de la difusión del Mensaje? (4)

Es sorprendente ver como la historia del Islam es inagotable en cuanto a las aportaciones de los compañeros (*Sahaba*) y se muestra tan discreta, por no decir muda, sobre las compañeras (*sahabiyyat*) del Mensajero. Si uno se complace en citar a diestra y siniestra a los diez compañeros predestinados al Paraíso (*mubasharin bil janna*), desgraciadamente se olvida que también existieron veinte mujeres predestinadas al Paraíso (*mubasharat bil janna*)!

También sería suficiente regresar al segundo acto de fidelidad al Profeta (*bay at al aqaba*) que es, de hecho, un insólito acontecimiento histórico para la época puesto que se trataba de la primera participación política de las mujeres: mujeres, que al igual que los hombres quisieron traducir su sometimiento al Islam con este tratado de alianza política con el Mensajero.

Sería necesario destacar la importancia de dicha iniciativa en el contexto árabe – beduino donde se hace participar a la mujer desde el inicio de la edificación de la primera ciudad musulmana. Educadas en esta pedagogía igualitaria del Profeta, integradas en este naciente espacio público musulmán, contribuirán durante y después de la vida del Profeta a la edificación de las ciencias religiosas, erigiéndose en guardianas inveteradas de la Tradición profética. Esta Tradición (Sunna), segunda fuente de origen del Islam, que desde esa época y hasta el siglo VIII de la hégira – 630 de la era cristiana – fue memorizada, transmitida y narrada sólo por mujeres (5). Muchos y prestigiados sabios de épocas sucesivas han dado testimonio en sus diferentes obras de la infalibilidad de las mujeres en comparación con los hombres, en cuanto a la narración de los *hadiths* (6). ¿Cuántos de estos sabios fueron discípulos de muchas mujeres eruditas de aquella época? (7). Varios ulemas han juntado en numerosos volúmenes las narraciones y los testimonios de mujeres célebres (*sahabiyyat*) o de aquellas que les siguieron, relatando su papel en la transmisión de los *hadiths* y de las ciencias religiosas (8).

Podemos constatar, desgraciadamente, que esta aportación del *Islam femenino* se mantiene silencioso frecuentemente. Las fuentes históricas permanecen mudas a propósito de las contribuciones femeninas que han iluminado, de todas maneras, la civilización musulmana a través de los siglos. Citaré solamente algunos ejemplos: la primera universidad construida en tierra del Islam, Al Qarawiyyin, en Fés a mitades del siglo IX, fue obra de una mujer de quien los musulmanes han escuchado hablar muy poco. Esta universidad se considera como la más

antigua del mundo musulmán, pero se conocen muy pocas cosas sobre su fundadora. La universidad de al-Azhar en Egipto de renombre universal y centro religioso por excelencia, fue construída por una mujer llamada Al-Khanzidara. La historia cuenta que construyó la universidad mencionada, una mezquita, un orfelinato y un hospital. ¿Pero quién fue esta mujer que hizo construir esta facultad religiosa de la que han salido innumerables generaciones de sabios musulmanes, en general hombres? Nadie podría decirlo. Las fuentes de la historia musulmana se muestran de acuerdo en callar los nombres de estas mujeres y de sus contribuciones...(9) He aquí el ejemplo de dos mujeres que estuvieron en el origen de dos de las universidades religiosas de mayor prestigio en el mundo musulmán y siguen siendo unas ilustres desconocidas para muchas generaciones de musulmanes. El colmo de la historia es que estas mismas universidades durante mucho tiempo han estado prohibidas para las mujeres musulmanas !

Aisha al-Hurra es otro nombre de estas mujeres musulmanas perdido en las memorias del olvido. Más bien es conocida con el nombre de Um Buabdil, último rey de Granada. Jugó un papel muy destacado en los acontecimientos históricos de la caída de Granada hacia fines del siglo XV. Sin embargo, no existe ninguna huella de ella en los libros islámicos. Por otra parte, documentos históricos de origen español mencionan su nombre y la describen como un jefe notable, un personaje noble y facinante de ese periodo histórico.

Es larga la lista de las mujeres que han honrado al Islam y a su historia. Sería imposible citarlas a todas, sobre todo porque muchas de ellas han sido regiamente ignoradas en las crónicas de la época. ¡Tristes testimonios de una historia musulmana femenina condenada a un silencio perpetuo!

¿Cómo se explica que las fuentes árabes y musulmanas padezcan tal amnesia cuando se trata de las mujeres y que, a sabiendas o no, se les haga desaparecer de la historia religiosa musulmana haciendo tabla rasa de sus aportaciones y su conocimiento?

Basta con recorrer los manuales de la historia de las ciencias islámicas para ver como, desde hace mucho tiempo, la fortaleza del saber religioso ha sido monopolizado totalmente por los hombres en detrimento de las mujeres sabias cuyas aportaciones han sido marginalizadas y olvidadas con el paso del tiempo. Nadie sabe como ni cuando esta brillante contribución femenina musulmana se ha ensombrecido en los trasfondos de una memoria islámica cada vez más misógina.

Una memoria musulmana que permanece hasta nuestros días decididamente ingrata en cuanto al papel central de la mujer musulmana en la elaboración de los fundamentos de las ciencias religiosas.

Es precisamente en este campo que el ejemplo de Aisha es, a más de un título, altamente representativo. ¿Qué hay de más sobrecogedor y sorprendente cuando uno se remonta a la edificación de las ciencias que constatar la prodigiosa aportación a esta herencia de Aisha, esposa del Mensajero del Islam? Ella que fue, indiscutiblemente, la fundadora de esta gran escuela de jurisprudencia islámica y cuyos aportes jurídicos, legales y sociales se estudian en las universidades islámicas desde hace mil años. Aisha, madre de los creyentes, de todos los creyentes, cuya vida y trayectoria son un ejemplo para meditar y seguir con mucha más razón en el contexto actual, en un momento en que Islam rima con opresión e ignorancia y donde la contribución femenina en el campo de las ciencias religiosas es insignificante, por no decir inexistente.

En estas circunstancias, frente a esta supuesta – masculinidad – del Islam, ¿qué hay de más reconfortante que la trayectoria de esta mujer musulmana excepcional que representa, justamente, *el Islam en femenino*? Un Islam inspirado en la historia para recordar permanentemente el aliento de igualdad entre las mujeres y los hombres que desde hace catorce siglos transmite el mensaje coránico. ¡Cómo necesitamos este tipo de espiritualidad femenina para recordar esta realidad que el Texto nos presenta sin cesar y que la vida cotidiana de los musulmanes traiciona, por ignorancia o por indiferencia, todos los días hechos por Dios!

Hoy en día no hay nada más hermoso y gratificante que regresar a las raíces profundas de la historia de esta mujer musulmana que ha dejado eternamente sus huellas en el vasto campo del saber religioso, Aisha, cuya personalidad se forjó en la cercanía de la Revelación para permanecer para siempre como el ejemplo inegable de lo que Dios quiso por sus creyentes, hombres y mujeres, en esta vida terrestre.

Ahora que se habla de la urgencia de reformar el Islam, la implicación de las mujeres en esta renovación es más que necesaria, es vital. ¿No es legítimo retomar el ejemplo de esta mujer de la primera hora para revivir nuestra memoria pero también y sobre todo, nuestro presente incluso si algunos ven en esta – manía- del retorno a las fuentes, las primicias de lo eterno y del obscurantismo fundamentalista islámico? Es en el ejemplo de Aisha que las mujeres musulmanas de hoy, confrontadas al dilema permanente Islam y modernidad, deben regresar para conseguir su verdadero lugar en la comunidad musulmana y más ampliamente en su sociedad. Se sorprenderían al ver como hace catorce siglos esta mujer, en nombre de sus referencias musulmanas, defendió los

derechos de las mujeres a la educación, a la acción social y política e impuso su respeto en una sociedad estructuralmente patriarcal y costumbrista. Hoy necesitamos profundamente una nueva introspección del Islam hecha por las mujeres realizadas en su fé y también en su femeneidad, en su vida y en su sociedad. Mujeres como ella, profundamente comprometidas en nombre de su exigencia espiritual.

Si Dios así lo quiere, es hacia ese objetivo que se dirige esta modesta contribución, para que el ejemplo de Aisha pueda ser un modelo vivo y no simplemente un nombre que se cita en la historia como referencia hueca y desprovista de sentido. Afortunadamente, la mayoría de los musulmanes conocen el nombre de Aisha, pero únicamente como esposa del Profeta, como dirían los más conocedores: su preferida, otros afirmarían que transmitió algunos *hadiths*, pero en sus conocimientos no existe traza alguna de su importantísima aportación a la Sunna, de sus cualidades como exégeta del Corán o de su papel como jurisperita o estratega política.

Como bien ha dicho el Dr. Said Ramadan al-Bouti en un estudio que consagró exclusivamente a estudiar la vida de Aisha, madre de los creyentes, estudiar su vida no se podría limitar a una crónica histórica tradicional y pusilánime o a un análisis estrictamente religioso. (10) A través del estudio de su historia, se trataría más bien de elaborar un panorama de la extremadamente compleja realidad de la época y constatar el impacto del Islam en esta región de la península arábiga e iniciar una nueva concepción de la sociedad donde la posición de la mujer, ilustrada por Aisha, era primordial.

No pretendo presentar aquí un estudio exhaustivo de todas las contribuciones históricas de Aisha, lo que estaría más allá de mis limitadas capacidades. Motivada por su trayectoria, su personalidad y sus posiciones, si puedo decir, tan rebeldes para su tiempo, he intentado transmitir esta emanación de “fé inteligente”, de “fé liberadora” y de emancipación femenina que experimenté leyendo su historia. Emancipación en la piedad y la adoración de Dios predicada por esta mujer decididamente vanguardista, que obtenía su valor, su fuerza y su inteligencia de la devoción al Creador de este mundo.

Que ejemplo más hermoso para nuestra femeneidad que este *Islam en femenino* inmortalizado por esta mujer en los albores del Islam despojada de sus valores por una modernidad despiadada. A decir verdad, no hay nada más hermoso...

1.- Le temps startegique, No. 64, junio,1995. Quel Islam ?

- 2.- Artículo del periódico español El País, 18 de febrero, 2002.
- 3.-Según el Imam Ahmad.
- 4.- Ver la lista de nombres, cerca de 98 mujeres reconocidas como compañeras (Sahabiyyat) del Profeta. Dr. Ismet-Eddine Karkar, *La femme a la epoque du Prophete*, Dar al Gharb al islami, Série universitaire, Beyrouth, Liban, 1993.
- 5.-Ahmad Khalil Jumua, *Nisa ahl al-bayt* (Las mujeres de la familia del Profeta) en árabe, al-Yamama, 4a Edición, Damas,1999, p. 149.
- 6.- Ibid. P. 149. Adh-Dhahabi, gran sabio muerto en el año 548 de la Hégira enumera en su libro *Mizan al itidal, El equilibrio de la moderación*, cerca de 4000 hombres sospechosos de transmisiones erróneas mientras que no hay ninguna mujer. (Traducido del árabe).
- 7.-Ibid. P 149. Al- Hafid Abu al-Qasim muerto en 851, uno de los más prestigiosos narradores de *Hadith*, tenía entre sus maestros (Shaykh) y alumnos más de 80 mujeres y de las cuales cita el nombre en su obra: *Histoire de la Ville de Damas, Tarikl madinatu dimashk*, en árabe.
- 8.-Ibid. P 150. El ilustre Imam Muhammad Ibn Sa d, registró más de 700 mujeres sabias en su obra *At-Tabakat al-Kubra*. Muchos sabios más, han consagrado volúmenes enteros sobre mujeres que enseñaban las ciencias del *Hadith* como Ibn Abd al-Birr (*al-Istis ab*) e Ibn al-Athir. (*Asad al-Ghaba*).
- 9.-Muhammad al-Ghazali, *Les problèmes de la femme entre traditions stagnantes et traditions etrangeres*, editions al-Bouraq, Paris, 1996.
- 10.- Said Ramadan al-Bouti, Aisha, *Um al-mu minin*, Editions al-Farabi,1998, Damas, en árabe

.